

Penumbras de la luz

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

ÓSCAR WONG

Penumbbras de la luz

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Penumbras de la luz

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Óscar Wong Ovando

ISBN: 978-607-495-368-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/101/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

... y respiro en el aire la ceniza y lo destruido,
el largo, solitario espacio que me rodea para siempre.

PABLO NERUDA

Esplendor de la penumbra

La palabra actúa, por los labios del poeta, como un abismo en que la materia y el espíritu se confunden.

ALÍ CHUMACERO

La penumbra, zona de media luz o de media sombra de la cual brota la palabra, se ilumina y se transforma con una pasión tal que, al desbordarse, fluye a la deriva y se autodenomina el canto enardecido. En la metáfora del encuentro entre la luz y la oscuridad, Óscar Wong¹ revela el origen de su lirismo y acuña las palabras y tropos que se aprecian bellamente en la lectura de sus textos. De tal manera la metonimia, la sinécdoque y el símbolo caracterizan su arte poética, donde la alegorización de la penumbra continuamente surge como la fuente primordial de la creación. De ella emergen luz y sombra como agentes transformativos “moviéndose con rapidez ante el azoro de la noche”. Posteriormente el poeta, “el niño aquel con el muñón sangrante”, abraza y adopta la suma de elementos contrarios para inmediatamente después llegar e instalarlos en el canto como la parte que a él le corresponde. Así lo invoca el autor chiapaneco en los versos de sus poemarios *Enardecida luz*² (1992) y *Espejo a la deriva*³ (1996) que favorablemente se integran ahora bajo el título *Penumbbras de la luz*.

1 Tonalá, Chiapas, agosto 26, de 1948. Hijo de padre chino y madre chiapaneca.

2 UNAM, colección El ala del tigre, México, 1992, 106 pp.

3 Editorial Praxis, México, 1996, 64 pp.

En esta colección de poemas se mantiene de principio a fin la unidad alegórica, cíclica y transformativa, en la cual la palabra se desarrolla como una fuente viva, diversa y mutante. En su poesía, Óscar Wong ofrece a la luz una calidad humana que al sumarse a sus características metafísicas trasciende, alegóricamente, más allá de su luminosidad.

La pasión con que los versos se presentan ofrece importancia y personificación al elemento luz ya que éste posee la virtud artística de expresar y hacer sentir diversas emociones. Lo cual se percibe en el poema “Entre el polvo la barbarie” donde los adjetivos califican a la luz de imperativa, acrecentada, náufraga, quemante, ardorosa e intensa.

Una serie de cualidades humanas, líricamente visibles en *Penumbbras de la luz*, también son señaladas respecto a Óscar Wong por la crítica literaria y poeta española María Paz Moreno, quien descubre un deseo amoroso, muy activo, en la obra del autor, cuya facilidad de trascender todo aspecto y motivo físicos logra un estado excelso y misterioso mediante un tono sacro. Su canto adquiere un carácter nominativo al integrar a las imágenes que surgen de la penumbra. Tal caudal de transformaciones dota de cuerpo a los poemas, a su universo lírico, y hace objetiva la idea de la luz como un elemento luminoso, que además posee características emocionales, creativas y creadoras. El poeta reconoce que la transición lleva consigo sufrimiento y quizá encuentre espejismos en las sombras.

La cosmovisión poética de Óscar Wong reside en la unificación e interrelación de todos los eventos y elementos humanos positivos, neutrales y negativos, por lo que el resultado de la experiencia de los fenómenos que ocurren se manifiesta física y metafísicamente tanto en la escritura como en la lectura. Este elemento unificador lleva en sí dos experiencias inseparables: la destrucción y la construcción como principios de búsqueda y camino hacia una

creación estética absoluta: la obra de arte, proceso relacionado con la idea de la unidad de todas las cosas de Fritjof Capra, quien dice que aparece como una característica primordial dentro de la cosmovisión y filosofías orientales. Además clarifica que dicha percepción del mundo está fundamentada en una experiencia mística independiente a la herencia geográfica, histórica y cultural. Por lo tanto, aunque cada una de las diversas tradiciones espirituales tenga una interpretación distinta, todas ellas se encuentran unificadas bajo la misma serie de experiencias humanas.

La creatividad y el lirismo de Wong funcionan audazmente dentro del poema, de ahí que el brote metafórico surja —como una luz— abriéndose paso por entre las penumbras y reflejándose continuamente en todo elemento; como si el brillo emanara de un espejo que flota a la deriva. Su poesía tiene como peculiaridad una pasión metonímica indicada por la pauta alegórica. Paulatinamente aparecen entre los versos los breves espacios de tranquilidad, oasis o pausas en medio de una jornada enardecida y el canto se torna visionario, mejor dicho, profético. La lectura produce un embelesamiento cuya fuente de riqueza lírica va a la par con la naturalidad del ritmo. A pesar de las múltiples transformaciones de la imagen, un fulgor se perpetúa, el mismo poeta lo afirma mediante la sencilla fórmula “Luz: espejo a la deriva”. En este verso inicia un recorrido interminable donde la metáfora cede a la palabra un carácter tangible a través del canto. Dicho de otro modo, el poema es el vehículo descriptivo de las imágenes y el mapa detallado de la cosmovisión poética de Óscar Wong.

Tal y como lo anticipa el título, el autor se vale de la penumbra, del resultado de conceptos inseparablemente opuestos, como decir luz y oscuridad, para crear una obra perfectamente adscrita a una voz interna conductiva y a sus múltiples exteriorizaciones o posibilidades de lectura. De tal manera, bajo una lente contrastante entre actos de amor y esperanza, por un lado, y odio y arrebató por el

otro, el poema brota inesperadamente de la penumbra y adquiere forma en un ambiente de gradual transformación.

Luz y sombra se tejen y destejen, se configura la experiencia poética en la unidad del canto y, a partir del paralelismo creativo, se observa la diversidad cultural, intelectual y artística del autor. Cabe mencionar que *Penumbbras de la luz* se manifiesta a través de la percepción sensorial e imaginaria del lector. Notoriamente su belleza estilística reside en la definición del canto, a partir de la riqueza metafórica y de la búsqueda de una expresión lírica fecunda bien determinada. El poeta mantiene en sus textos un inaudito ensayo lírico perfectamente estructurado, una esmerada combinación intelectual y emocional, un juego entre el consciente y el subconsciente que surge de la mente creadora con la fuerza ígnea de un volcán en erupción. Una vez que brota el texto y se logra ver en éste la cosmovisión de Óscar Wong, entonces es que se intuye, percibe y comprende la creación del juego lírico, eso que Roman Ingarden definió como la interrelación e interacción entre los diversos estratos de lectura que definen la obra de arte literaria.

El lector debe admirar en el autor sino-mexicano la sinceridad y nobleza con que plasma en sus versos el producto de su experiencia literaria, ya que en ellos aparece la unidad de elementos contrarios que existen debido a su constante interacción. En el texto inicial del poemario, “Canto para decir tu nombre en medio del desastre”, dedicado a Penélope, se aprecia claramente el tono e intención, la cosmovisión poética que habrá de hilvanar y dar estructura al libro:

Miro los escombros. Tejo y destejo
 el mar y la montaña. Soy este hombre con el fusil a cuestas
 y la esperanza en cada mano circulando como un río.
 Soy el cristal y el muñón. El aire girasol
 que irrumpe en la mirada.

Esta actitud frente a la vida aparece a través del libro algunas veces bajo un tono apasionado e impetuoso: “Soy el ansia dormida / eterno quiste que sangra en tu regazo. Te reto a que respires la violencia de mi cuerpo”. Otras veces se le encuentra en los versos suaves y tiernos: “Amanece. / (El sueño se abre en pétalos de espuma. / Ahora es la quietud, / manto de lirios navegando”. Incluso se presenta en los versos creados por el roce de contrarios en la región de las penumbras: “Esta es la frontera de la Luz, / estas mis manos que germinan. Este es el grito que centellea / como luciérnaga en el fondo del deseo”. Así el poeta nombra y logra su maravillosa entrega, esa transformación tan humana que germina en las *Penumbras de la luz*.

A partir de la unidad que se mantiene viva en la poesía de Wong, el amor se presenta en sus versos como un sentimiento placentero y doloroso, dulce y amargo, a veces cercano y palpable, y, en ocasiones, tan lejano como inaprensible. Este canto, al brotar de la penumbra, sigue su curso: la búsqueda humana por un amor completo, el camino que nos permita la experiencia sensorial y logre existir más allá de la materia y el momento en que ésta fue creada. El autor busca en el reflejo la continuidad de la experiencia surgida en el instante en que imaginación y materia se unifican para dar vida al poema. De tal manera que decir *Espejo a la deriva* es tanto como iniciar un viaje en donde, al igual que la luz, el recorrido se refleje hacia cualquier y ningún rumbo. El espejo, puerta abierta a nuevos mundos y a todos los tiempos, adquiere en Wong la función de ente simbólico de la metáfora. El poeta describe su experiencia y nombra todo aquello que sus sentidos percibieron. Su voz adquiere un ritmo y un tono incesantes.

Nombrar y avanzar son elementos esenciales del y en el poema. Así se aprecia “Caracol voraz”, invocación en que se alaba a la creatividad y en donde los fenómenos transformativos de la naturaleza y el canto van a la par:

Y brota el movimiento
 —caracol voraz a la deriva—
 torvo corcel del infortunio,
 altivo eco a punto de engullirme.

Cualquier dirección que la luz tome llevará consigo una transformación, ésta se observa en los versos como un acto impetuoso y auto-reflexivo. La luz entra violentamente por un “Rincón de la retina” y se logra sentir dolorosamente por la materia, sin embargo, la imagen construida es placentera y melódica:

Como ácido que cae, gota a gota,
 y corroe la plancha de metal.
 Como vapor picante en la nariz
 penetrando hasta los huesos de los astros

En estos versos se observa un acto fotográfico, pausado y en constante transición. El ambiente, los objetos y el poeta son elementos inseparables, arrollados o devorados por la espiral del caracol. Mediante la fusión dolor /placer se construye el tropo que define las acciones, las transformaciones de la imagen y los resultados líricos y bellos, que han dado a Óscar Wong reconocimiento y preseas en certámenes de legítima importancia como ha sido el Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde” 1988, por su libro *Enardecida luz*.

En *Penumbbras de la luz* surgen los elementos de una diversidad cultural que en buena medida definen al autor. Por ejemplo en “Fiesta de la luna del medio otoño” hay partes inconfundibles de una tradición cultural y artística de influencia oriental.

Esto se traduce en versos que, a modo de trazos o pinceladas breves, dibujan una hermosa escena magníficamente descriptiva en la naturaleza:

Mariposa incendiada la noche huele a incienso.
 Grumos de luz temblando frente al viento,
 pagodas diminutas: faroles en manos de los niños.
 Como una flor de loto la Luna se abre.

Estos versos citados definen una riqueza artística lograda a partir del detalle y la miniatura. Un aspecto que merece ser mencionado es cómo el ritmo y la versificación brotan de un modo natural, elaborando una escena que parece haber sido sacada de un biombo chino. Sin embargo, también se observan las características de culturas prehispánicas y de occidente que en principio han dado formación al autor. No cabe duda que Óscar Wong ha sabido utilizar con ejemplar maestría los elementos de la diversidad cultural y tradiciones que representa:

Como una taza de té mi padre sorbe en la memoria,
 se inclina ante ancianos venerables
 y yo soy el rayo de Luna cayendo
 en el Corazón del Otoño.

En los versos se concentran las tres influencias culturales mencionadas. Lo cierto es que hay una escena que bien pudo haber sido delicadamente dibujada sobre un biombo, quizá en el papel arroz, tal vez en pliegos de un códice maya, en los relieves de un templo cubierto por los siglos o en las páginas de un libro moderno. Sobre dicha escena aparece la imagen del padre sorbiéndose a sí mismo como a una taza de té, dando importancia al concepto de la memoria, al respeto ancestral. También el texto valoriza el conocimiento y la experiencia de la vida, incluyendo la percepción del mundo a través de los sentidos.

Cabe mencionar la presencia, en el poema, del rayo de luna, la luz galáctica y espiritual, y el corazón, apreciables símbolos cíclicos de la vida, el sacrificio y el renacimiento.

Es increíblemente bella la manera como la poesía de Óscar Wong se descubre y se (re)crea ante el lector, continuamente aparece, desaparece y se transforma como parte de la fauna y la flora del mundo nacidas en cada verso. Hay ocasiones en que el poeta aparece como el ente indescriptible, imaginario e intangible dentro del canto. En otras instancias se percibe su presencia a través de la materia y su íntimo contacto con el ser humano. Wong canta al filo de la luz sobre la cresta del mundo, ese momento-espacio tan apacible y armonioso, tan encabritado y enardecido, en que todo aquello, lo tangible y lo intangible, que ofrece vida y sentido a la materia, se observa como un punto de fuga en las *Penumbras de la luz*:

Ahora estoy aquí, me digo,
entre el delirio de la luz. Me esponjo
como un gorrión que busca las manos cálidas del día.
Estoy aquí, como metal ardiendo
para forjar el nuevo corazón de Comitán.

A partir del fulgor de las cenizas, instante re/creativo, se forja el corazón alegórico del canto wongoriano. No existe el retorno, puesto que poeta y lector se encuentran inmersos en el fluir del verso. Solamente hay una continuidad nombrada por la serenidad y la explosión de la experiencia, hay un esplendor que brota de la penumbra: un espejo a la deriva, una luz enardecida.

JUAN ARMANDO ROJAS JOO
Amherst College, Massachussets
Marzo-abril de 2004

ENARDECIDA LUZ
(1992)

No sentí resbalar, mudos, los años...

FRANCISCO DE QUEVEDO

Con el muñón sangrante

La luz no tiene manos...

PEDRO SALINAS

Enardecida luz

Como ocelote herido,
como jaguar enjaulado se pasea.

(Podría devorar mi nombre en las esquinas.)

Pero las voces que trepidan la enardecen.

Golpea mi terco desaliño.

La mañana salta a la garganta.

Canto para decir tu nombre en medio del desastre

*A Penélope,
que teje y desteje los anhelos.*

Del cristal

de la roca llagada por la esquirra
del seno derecho que amamanta
del izquierdo también
del niño aquel con el muñón sangrante
del rastro que se hereda y se trasplanta
vengo a instalar la parte que me toca
vengo a ungir la Luz, aire que mueve el girasol danzante,
tierna brizna que asoma —todavía— a pesar de los escombros.
Vengo a clamar por el viento que agita las entrañas
y la armonía que nace a cada golpe de la aurora.

Pero viene el rumor, el polvo trepidando
en cada brazo.

Un gruñido me pone sobre aviso. Ahora lucho,
muerdo, grito. El mazo acaba con mi lanza,
rasgan mi yugular colmillos poderosos.

¡Aúlla, animal, aúlla!

Arroja tu violencia sobre mi hambre.

Que la muerte se instale en este movimiento

borrado por la Historia. Que la muerte repita
sus pisadas.

Te digo: soy tu manto, un pedazo de piel como al descuido,
un animal en tu costado.

Soy aquel protohombre husmeando tu cadera
por eso gruño en cada beso que derramo.

Quiero decir, Amor, que el alba esparce su alegría.

Quiero gemir que soy este que soy.

Pero vienen mil gritos. Metales claman
rabiosos su venganza.

He llamado a los dioses día y noche.

Nadie escuchará mi voz, mi angustia cuando vea a mi
pueblo
sepultado.

La locura vuelve a sonar en mis oídos:

Escucha al caballo encabritarse.

Mira la muerte que viene en sus entrañas.

(Paris, se agazapa el Imperio
en los muslos de tu Amada.)

Vuelvo el rostro a la calle. Me miro reflejado
en el cristal.

De qué sirve el calor, de qué mis brazos, mis puños
que amenazan a la piedra.

¿Adónde, Amor, dirigiré mis pasos?
 ¿En qué recodo oscuro de la Historia
 sepultamos la ternura?

La danza de la suerte ejecuta sus giros
 en medio del quebranto. Las luces en la noche
 presagian tempestades. Dónde aguardará
 mi pueblo tu retorno, oh Serpiente Escondida
 entre la Pluma.

Pero llegan tamemes cargando oscuridad.
 Ahora los dioses cabalgan hacia nosotros
 con el trueno que mata en cada mano.
 Ni flechas ni lanzas de obsidiana pueden
 con la Tribu Divina. Moriremos.

Te digo, Amor, que estás en lo que toco.
 Te sigo en cada movimiento.
 Que tus cabellos sean alas de palomas,
 velos de Dios que tremolan en medio del desastre.
 Te amo, Amor, con todo el odio del siglo que me toca.

Es cierto: no preciso de mí, sino de ti. Por eso aguardo
 tu sonrisa, tu voz que resuena como si fuera la primera Voz
 sobre la Tierra. Tu voz, zureo de paloma.
 Pido clemencia por cada niño que llora.

Yazgo en cada vertiente de ti. Sucumbo
cuando arrojas tus lazos sobre el mundo.

¿De qué me sirve ser si no soy
cuando adviene este silencio?

¿De qué la Historia si volvemos
—*vuelta y vuelta a la noria*—
a instalarnos en lo absurdo?

Del cielo viene el odio en llamaradas.
Un tajo brutal cercena el movimiento.
¿A qué Hiroshima interrogamos?
¿En dónde, Nagasaki, escondimos la vergüenza?

Viene mi Padre con su voz entera a cobijarme.
Viene el candor en cada vientre que ahora crece:
el mundo nace en cada aurora.
Y me lleno de ti, sepulto la agonía.
Retomo la Luz. Abro mis manos para estrechar
la potestad y la ventura.
Sé que la Historia se transforma,
pero canto para decir tu nombre en medio del desastre.

Miro los escombros. Tejo y destejo
el mar y la montaña. Soy este hombre con el fusil a cuestas
y la esperanza en cada mano circulando como un río.
Soy el cristal y el muñón. El aire girasol
que irrumpe en la mirada.

México, D.F., septiembre 29 de 1982.

Bajo el peso de la bruma

También en soledad de amor herido.

SAN JUAN DE LA CRUZ

En esta esquina del mundo

Un hombre comparte el pan con las palomas.
Otro bebe agua de la fuente.
Cascada de luz la pupila que sonríe,
marejada de amor los rosales floreciendo.
En esta esquina del mundo todo canta,
todo tiene el h alito de aquel
cuyo Nombre estremece.

En las fauces de lo oscuro

*A Norma Barroso, porque supo encontrar
el lado luminoso de la existencia.*

*A María Estela, in memoriam,
por el mismo motivo.*

En fístulas arteras me derramo.

Sacrílego alarido
del vientre a las rodillas me entrego a las fauces
de la ira.

Soy el Adán de cieno,
oprobio de la carne,
insecto furibundo carcomiéndose.

Apunto sobre el día,
arrojo semen a la muerte.

Soy deshecho del miedo, avidez de lujuria,
holocausto de sal,
mugre, carroña.

Soy el Señor del Puño Bien Despierto.

Del útero a la sangre
búrlanse de mí cuantos conozco:

¡Temblad, mortales!

Sobre la ira estoy,
turbio tropel entre las zarzas.

Qué imponente, qué absurdamente me rebelo
en medio de estertores, lapidario.

Blasfemo. Croa el escupitajo sobre el polvo,
me desgarró sobre la hiel del aire.

Como una roca oscura
el peso de las venas me aplasta sobre el lodo.

Ortiga entre las manos
me da miedo este candor que intento,
estos huesos insurrectos,
este puño iracundo que destroza.

El ocio de Dios atisba en mis arterias.

Yazgo ahora, inquebrantable,

sobre el hielo quebradizo del invierno.
Pero la muerte es una niña triste,
una canción absurda.

No sé por qué tanta amargura acechando.

Como zumba una abeja
en los pétalos se coagula el crepitar del alba.

Encabritado corazón:

*Esto como odre puesto al humo
Vida es tu palabra*

*Porque aguardo los preceptos
me acechan los impíos*

Para mis pies la mañana es una lámpara

*Cuando te alabo siete veces en la ira
mi carne se estremece*

Colmillo enardecido,

*¿cuál es tu presa en este día,
en qué tumulto habrás de eternizarte?*

He aquí el guijarro para quebrarle las piernas al espanto.
He aquí la Luz como chorro de metal incandescente.
El vino aullando en la garganta.
Algunas tardes zureando en el alero.

También las piernas en el frío cual tormentosa fragua.
Piel reverberante, envejecida,
lava fuga tras el aceite.

He aquí los árboles,
el anhelado sitio acariciando la mirada.

Un poco de color en los escombros,
ventarrón aterido en los espejos.

Por una vez el aire, el agua, el viento.
Por una vez el polvo.

En las fauces de lo oscuro chisporrotea la esperanza.

Frustrado,
devastado irrumpo entre el abismo y la montaña.

Vieja arpía:
has contado mis pasos con usura.

Vuelves a hollar mi corazón,
a devorar mi almario, mis reductos.

En el pecho
se agita turbio tu terco tintineo.

Me quiebras como cántaro en la piedra.

Vieja gorgona, inarmonía:
envuelto estoy en llagas y catástrofes.

Pero navego en el candor,
al otro lado del tumbo,
como un murmullo de espumas,
más allá de la fila interminable de gaviotas
se presenta en ráfagas inmóviles.

Insinuado relámpago,
la claridad se acerca.

Apenas el recuerdo bamboleándose.

Una columna sin voz,
sin ojos, sin caderas.

Era cansancio puro,
somnia, cólera vibrante.

Aspiraba el resplandor del cielo,
el tamaño de Dios

su gesto...
su simiente...

Puse el rostro en la cumbre, bajo el agua.

Quise cultivar ortigas.

Me transformé por el rubor de la ceniza.

Ahora muerdo la lengua,
respiro la ternura de la roca.

Me revisto de orden, hago añicos el verano.

Me arguyo áspid, me revuelco astilla.
Me resisto a caer, a dormir envilecido.

Me arranco el pelo, la camisa ahora.

Punzo la retina de los astros.

Para enfrentarme a ti
hube de estar con Dios sobre la Tierra.

En verdad,
en terquedad yo digo lo que digo.

Ardiente como el horno he aquí que llega como llaga.

Si el rumor es verdadero
lloverán las piedras sobre el ojo de la turba

y extirparán la sal que es la frontera.

Para alcanzar los truenos y el horror
por un instante quise acariciar la tempestad.

Ay de la esperada primavera
quebrantada, roída en los cimientos.

Ay de la llanura, cascabel del paisaje sobre el peso de la bruma.

Ay de la montaña cercenada.

Ay del trino sin el pájaro tremolando en la memoria.

Ahora murmura, gime la nostalgia.

Aurora deleznable, cáliz cruento,
en carne viva llevo víctima de mí.

Si soplo sobre zarzas las enciendo.
Si escupo sobre llagas las apago.

Amo a los abyectos.
Qué entero y despreciable soy.

Víctima de mis fauces vengo.

Al menos déjame remontar la brisa,
déjame distribuir esta heredad en el follaje,
esta palabra sin recato.

¿Quién se saciará de admirar la porquería?

Todo vive y permanece.

Incluso Yo.

México, D. F., octubre 31 de 1987.

Crepúsculos vacíos

Todos estos años he querido darme cuenta
de que el sol existe,
de que yo mismo existo

RAÚL GARDUÑO

Falso Narciso

Tras el rostro jadeante en el espejo
fulgura el lento transcurrir de la agonía.
El puño de la noche descarga su entereza,
azota su coraje en la penumbra.
Fuera
aullido de bruma enardeciendo musgos.

Pero duele el resplandor,
hiere los cristales con su ala sombría.
Envejecido
roe la soledad del alba.
Girasoles en el río
los hombres se lanzan a la calle.

Espejismo:
Resuena el balido del Cordero
repartiendo los mendrugos y los peces.
Desnudas sombras huyen
mientras los ángeles caen al océano.

¿Dónde el paisaje y los escombros?
¿Dónde el espejo sacudiendo estalactitas?
¿Dónde la sal tras la risa adolescente?

Ahora el viento se despliega,
da en el centro fugitivo del instante,
cúmulo espléndido que difumina la saeta
tras el rostro jadeante en el espejo.

Ni siquiera mi nombre reconozco.

Marejada de luz

Como una oruga
tras la piel del horizonte voy.

Todos comienzan a observarme sin recelo.

Pulso el día,
la raíz del mundo en el color del aire.

Soy el ademán musgoso,
marejada de luz que calcina.

Terco animal entre las piedras

A mi padre, in memoriam.

Ebrio de luz
en un lugar del mundo
habito
llenándome de muerte.
Estrujo mi cansancio,
testimonio feroz
de saberme limitado.
Al constatar mis atributos
—terco animal que bulle entre las piedras—
husmeo el horizonte y la montaña.
Me conozco.
Cerceno los espejos, me hurto a las miradas:
cada mañana sorbo
en la raíz del hombre.

Arduo copo derretido

A mi hija Giomar.

Desconfiado por naturaleza
volteo el rostro hacia la cumbre
donde aguarda el verano.

Aspiro el aire,
me lleno de esperanzas.
Busco el camino de Luz,
la bondad infinita de mi Padre.

Y soy el huerto que se orea,
el monte,
el ciervo,
arduo copo derretido.

Mientras llegan los fulgores
me repito voluta tras voluta.

Perfil de angustia

A Fernando, mi primogénito.

Atrapado en la forma estoy,
viejo sueño contemplado en las arenas.

Mi aprendizaje es terco, inconcebible.

Juego a la raíz desnuda,
granos de fuego que me guían.

Soy el semblante austero, perfil de angustia.

Apenas me conozco.

He perdido mi patria, mi fortuna.
Náufrago del día, ceniza o tallo incierto soy.

Apenas me conozco.

Terco pan limitado,
historia de crepúsculos vacíos.

En el umbral la lejanía

Para doña Isabel Ovando.

A pesar del cansancio, caminante,
descubro la esperanza en el camino.
Y observo, rectifico mi destino
sin temor a la calma vergonzante.

Petrificada calle trepidante,
en este viejo andar con desatino
el resplandor del alba se me vino
como llega el Amor: relampagueante.

Qué terca obstinación del hombre terco,
qué necia realidad, qué felonía
de saberse escondido tras el cerco.

Me visto el corazón con alegría,
me acerco lentamente, a mí me acerco,
y atisbo en el umbral la lejanía.

Pedernal en la memoria

En la penumbra envenenada de la lluvia
diríase que una eternidad concluye.

LUBICZ MIŁOSZ

Dimensión de la ceniza

En la cresta del mundo
rasgo la Luz,
incendio el Universo.
Soy
la exacta dimensión de la ceniza.

Entre espuma y transparencia

Entre espuma y transparencia
qué amarga es la piedra,
qué vieja,
qué inopinadamente amarga.

Vengo de irte rumiando, cristal o roca.
Muerdo tu piel de alba.

Vengo torpe, inquebrantable,
una vez más, a resarcirte.

Entre el polvo la barbarie

A quien no supo recobrar mi nombre.

Como viento que nace en los manglares
ayer volví del mar.

Vine a emprender el vuelo entre las redes,
a sofocar cansancios quebrantando el ocio de la hamaca.

Que nadie escarbe en el salitre, mediodía lamiendo la marisma.
Que nadie marche alforja al hombro.

Vine a emprender el surco
en la piel de la espesura.

Imperativa, acrecentada luz:

Ven a volcar esta mirada en la cantera del mundo.

Ven al charco, náufraga, quemante.

Vente, ardorosa, intensísima.

Pero ven.

Resguárdame el verano.

Conságrame veredas.

Delante del otoño hay una mano torpe,
sibarita, acariciando la memoria.

Ni siquiera la fatiga tocará el sudor de los pañuelos,
fragmentos de calor que aún perduran.

(Ay, la palidez del rastro aguardando el crepúsculo,
ay de la mirada huérfana de sombras.)

Nadie que sepa de cansancios
podría levantarse con la mano en los párpados.
Sin embargo, ritual de ausencias,
amanece entre el polvo la barbarie.

Así de cierto.

Te conocí alborozada entre la hierba
abrillantados de asombro los mis ojos
y hube de estarme entero en la osadía.

Como llover espuma sobre lumbre.
Así juntamos los afectos.

Cómo surgen reproches de esa hora.
Cómo resuena el grito en la borrasca.

(Y el verano palpita entre la arena.)

Antes de sepultar la soledad

el alba crece.

Palpando lunares se mide en la penumbra.

¿Hasta dónde llegan los solsticios putrefactos?

Es cierto: conozco los destellos de tu piel,
huellas con que cubres mi reclamo,
fulgores de la carne perpetuando llamaradas.

Dije que nadie podría repetirte ensalivando los despojos.

También te dije zarza, guerrillera,
carbón que enciende sobre el agua.

A borbotones
serpiente enroscada en las espaldas,
un día puse fuego en las acequias.
Luego tu miedo,
cuchillo pedernal rasgando mármoles.

Pero la ira zumba, brama el rencor.
Relampaguea.

Dije que nadie podría repetirte.

(Entre mis manos tu nombre se marchita.

Arde su fragancia entre los juncos.

Mira que la aspiro.)

Cómo me duele el hijo que te niegas.

Violenta garra agazapada:
mientras me hieres con enconada flecha
dime si aún recuerdas la noche, mis señales.

Porque vino el cansancio y no la muerte
supe que el alba pinchaba a las espigas.

(Doblaron badajos como elotes labrando resonancias.)

Ay de este recuerdo,
aqueste aire tenso como trote de caballo atribulado.

Y si la niebla rueda a contraluz
también se filtra en las pestañas.

Imperativamente tu rostro me lleva por el mundo.

¿Sabes por qué la lluvia
como charco de luz me ciega y me persigue?
¿Por qué mi ocio, astuta, recrea los veranos?

A caballo pongo este suplicio,
esta manera de enfrentarme a la desdicha,
esta diatriba: sarna que carcome.
Como destello de piedra anhelo de rubores.

Por eso llamo subrepticamente.

Por eso el sol atisba soledades.

¿Hasta cuándo, felina,
nacerán las hordas que contienen,
este puño que aguarda?

Niña mía, alondra que perviertes
el furor de la mañana,
el desdichado espejo que invade las paredes,
estatua de piedra bajo el musgo.

Ahora dime, prematura,
¿conoces los vestigios de la roca?

Si pudiera
se diría que el mundo es una oruga,
un enorme reflejo,
mariposa sorprendida en los cristales.

México-Tenochtitlan, septiembre de 1986.

Paisajes y fulgores

Hay un temblor de aguas en la frente.

VICENTE ALEIXANDRE

Como delgada carne al infinito

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora,
con su ojo lánguido.

JOSÉ GOROSTIZA

Ya ni siquiera Dios está conmigo,
ya ni el Amor, dolor, te solicito,
en esta noche de agua en que medito
dónde estará la Luz que ya persigo.

Si estoy dentro de mí, siempre conmigo,
como delgada carne al infinito,
la vieja fragua inmensa en que palpito
en un lugar del mundo va sinmigo.

El corazón desnudo que entorpece
el Cielo, la oquedad que no demora,
vuelve a fallar, y entonces me entristece.

Crispante tempestad, presagio ahora:
la Muerte, que en la mía se abastece,
alegre como el viento me enamora.

También ahora

Se abre la puerta del derrumbe.

Vehemencia de la luz
la ciudad semeja una lámpara herrumbrosa,
una mano tentaleando,
rosa engullida por la bruma.

Tras el fragor del alba
un hombre se refleja en la retina del mundo,
humedecido puño bajo el peso del invierno.

Como corriente de agua entre la peña
la soledad murmura.

Nada hay contra el hastío, pañuelo oteando por el aire.

*Ojo enloquecido por la niebla
la nostalgia es un astro,
una rueda que gira.*

También ahora comienza el Universo.

De la memoria

Clama el polvo con los brazos al aire.
De la llanura emerge el candor del horizonte.
Urdimbre.
Paloma sumisa entre la hierba
pongo el sol sobre mi mano cuando escribo.
Pienso en el río,
brazo de mar flotando en la Palabra.

(Dicen que navegan los astros, no los días.)

Pero el mundo transpira, inventa laberintos,
aunque la memoria hable de frondas,
estridentes de tallos acunando humedad en sus raíces.

Lejos del polvo y del asfalto la claridad de la montaña.

Era hermoso existir husmeando arcilla.
(Y la charca que humedece los destellos...)

Llamarada pétrea

*A Efraín Bartolomé.
Para José Luis Ruíz Abreu y Marisa Trejo,
quienes compartieron ese instante.*

Como manos diminutas
musgos aferrándose a la roca.
Vasta pared cortada el horizonte.
En el remanso del suelo gruñe
calcárea transparencia.
Murmullos. Las seis de la mañana.
Raudos chillidos suenan,
agudas sombras hienden el aire.
Salta el agua al arroyo.
Pasma.
Laja sobre laja
—como cascada—
el sol nace de pronto.
En el muro la gruta:
Boca abierta por donde escapan golondrinas.

Los ojos se integran al paisaje,
pero mis manos rompen la armonía.
Espejo o llamarada pétrea
aquí el fulgor se llama espacio,
alba detenida, soledad.

El Chorreadero, Chiapas, abril 28 de 1985.

Los rostros de la hoguera

*Para Rosario Bañuelos y Evodio Escalante,
esta imagen del Cañón del Sumidero.*

Entero. Sin llanto, sin blasfemias,
frente al ocio me estiro:
tenso los músculos, los brazos.
Yazgo piedra a tierra,
contemplo sin cesar
los rostros de la hoguera.

Hostigado por el aire
cómo crepita el mundo entre la roca,
cómo se adentra en la pupila,
cómo forja figuras y reinventa recuerdos.

De la sangre nacen los veranos,
se pueblan de ceibas y faisanes.
Surgen ríos
y frondas
y quetzales.
Doy mi nombre a la piedra,
fulgores enceguecen.

¿Cómo explicar la urgencia de la aurora?

El iris, la montaña.
Ópalo de luz el ojo
y la imagen, carbón cristalizado.

Transparencias.
Poliedros repetidos palpitando.

Diáfano viste el mundo.

Amanece.

(El sueño se abre en pétalos de espuma.
Ahora es la quietud,
manto de lirios navegando.

Qué terca claridad del agua.

Con un estruendo de alas
surge el sol entre la peña.)

Piedras cortadas de tajo por los siglos.

Nubes.

Paredes que destilan alegría,
tímidas brumas contrastando
su perfil de montaña.

El aire es claro y el tiempo cae
vertical

al fondo del prodigio.

Tiembla la cumbre ante la magnitud del agua,
líquido azul la altura,
armonía total el paisaje.

Y el tiempo se hace espacio
al solo movimiento de la nube.

Afán de plenitud el día.

Se extiende en el vacío.

Luz incontenible como redondo grito
surca la vasta dimensión del asombro.

Aleluya. Aleluya.

Travesía por El Sumidero

Lentas sinuosidades esmeraldas,
tonalidades ocres.

Arriba el sol, buitre acechando la barcaza.

En un recodo del río
la montaña se acerca desafiante.
En condición de espiga
copos alados se posan en los árboles.

Vasta pradera sedentaria el agua.
Búfalos inmóviles, piedras en la orilla.

Moradas mariposas moran: lirios navegantes.
Y ahí, cercado de luz
—erguida losa viva—
un enorme lagarto sueña con la humedad de los manglares.

Soy la bruma desperezándose ante el asombro.

Soy el junco que bosteza sobre el banco de arena.

Soy la garra azul de la mañana.

Soy la pared cortada cayendo con su rumor de niebla.

Soy el viejo lagarto, raíz de todos los instantes.

Murmullos de la carne

Todas las palabras hablan de esa lumbre,
saben a piel de esa luz mojada.

EUGENIO DE ANDRADE

Como una gota

Como una gota
que se derrama
esa muchacha
brota del alba.
Cabellos tersos
—brasa en la mano,
lirios dormidos—
esa muchacha
flota en el agua
como una gota
y se derrama.

C.c.p. Nanny, muchas veces.

Delirio el que calcina

De pasión te estremeces moribunda.

EFRÉN REBOLLEDO

Rumor de sol.

*Límpidos surcos en la fronda,
cascada ardiente sobre los párpados del día.
Mientras te espero la soledad asoma,
pende la ansiedad como una rama.
Cuando te aproximas mi corazón fulgura,
estalla en la pupila.
Delirio el que calcina eres.
Bienvenida.*

1

El mar

—vastísima memoria sosegada—

aflora entre tus manos.

Cegada piel el mundo,

historia de azucenas tu mirada.

(Zumba la piedra en vuelo,

astilla la retina.)

Pero alguien clama una canción,

mariposa escapando de la flama.

Y te busco

tras la piel titubeante del otoño.

Azul. Tonalidades de agua.

Y rojos y amarillos.

Del gris al bermellón

tiembla la superficie del océano.

Gaviota prodigiosa el sol,

reverbera su chillido en la playa.

Del color a la forma

con un candor de espuma

emerges lenta,
inolvidablemente hermosa.
De envidia la brisa se estremece.

Tu cuerpo, espiga luminosa.

Destellos de verano,
vastas alas pulsando primaveras
tu cabello.

Mediodía total.

2

Me gustaría amarte
mullida garra en la espesura,
incontenible como el dolor del parto.

Te amaría con violencia de tifón devastando embarcaciones,
con la fuerza de un volcán en el océano.

Renazco cuando acaricio tu mentón,
cuando te amo tengo el furor del rayo.

Conozco tu sonrisa.
Tiene de un recién nacido la ternura,
el candor del mediodía,
consistencia de la luz sobre la arena.

Ante ti
soy follaje incendiado por una mano inicua,
asfixia absurda en la garganta,
oscuro sol calcinando en los peñascos.

Te amo con suavidad de pantera caminando en la espesura.
Incisiva, tierna, brutalmente
como pétalo cayendo en el abismo.
Te amo con esa lentitud con que me doy al mundo,
con ansiedad de crisantemo deshojándose en el río.

Trémulo,
pedernal rasgando el firmamento,
te contemplo.
Me poso en ti como pluma en la borrasca.
Voraz te acaricio.
Fuego que arrasa la pradera soy.
Tiemblo.

3

Fuiste hecha para exaltar la vida.

Murmullos de la carne
en bocanadas raudas tus muslos se encabritan.

Refugio de los astros
tus ojos toman de la miel el color.
Alegre como el embate de la risa,
desnuda como una roca a contraviento
tu cintura.

Gimes entre las brasas del día.

Relámpago bajo mi boca
son tus pétalos erguidos.

Ahora rozo tu piel, pajarillo temblando.

Con violencia de espuma te estremeces,
como una piedra aguda te despeñas.

C.c.p. La Hechicera Encubierta, entre mariposas y sombreros.

En la garganta del mundo

y vence el mal de ayer el mal de agora.

FRAY LUIS DE LEÓN

Yo no sabría qué hacer...

Yo no sabría qué hacer con tu memoria.

Ansiosa de ti mi voz te llama.

Cuánta soledad encierra la mirada

y qué terca es la sombra,

la piedra, los sentidos.

Cuántos siglos de ti para entenderlo, Amor.

Reverbera la mañana.

Cantiga para la hermana Esther

¿Qué de voz y de mí, señora,
qué de vos y de mí dirán?

De vos dirán, mi señora,
la merced que me hacéis,
y que cosa justa es
querer a quien os adora;
y que siempre como agora
muy fuerte y firme os verán.

¿Qué de vos y de mí, señora,
qué de vos y de mí dirán?

DEL *CANCIONERO GENERAL*, AMBERES, 1557.

Esta es la frontera de la luz,
estas, mis manos que germinan.
Este es el grito que centellea
como luciérnaga en el fondo del deseo.

He aquí el cansancio,
el ronco viento en la garganta del mundo,
la atadura del cielo,
la terca pesadumbre.

Aquí se pervierte la ternura.

DEL MÁS ARTERO de mis actos,
de mi más profundo vuelco,
de las calles y el verano mordido por la prisa,
de esta espera

/entera,

intento salpicar las muertes de la ira.

Hoy no te invoco, hermana,
para consagrar la Luz que germina en tus pupilas,
hoy no te digo el aire,
ni el pueblo que transpira en la memoria,
hoy no te hurto el suspiro ni el pañuelo.

Hoy me partiste el alba,
le diste un puñetazo a los espejos.

Hermana.

Amada.

Mi Señora.

Espía de Dios.

Qué sencillo es sermonear: la vida es un transcurso,
una enseñanza.

El dolor

—insiste—

es señal de alegría, porque después es un recuerdo,
un pequeño grano de sal en la memoria.

Qué sencillo es habitar el día
oloroso a patio de convento,
qué fácil es reflexionar
cuando no golpea el mundo.

A ver, Amada,

la que Dios *fizo* delicada.

Te reto a que deambules por el desastre diario,
a que entregues tus carnes a la ira,
al bocado que duele cuando no se tiene.

A ver, hermana,

pecadora que hueles a salmos y aleluyas.

A ver.

¿Soy tu burla, tu espejo, tu cilicio?

Soy tu hombre, tu espera, tu berrinche.

Por eso ven al sol, al viento,
a lo mejor del tumbo,

a la vieja, terca, ansiosa contradicción
del hombre enamorado.

Bendiga Dios tus ojos, tu vista, tus pupilas.
Mendigo yo tus muslos, tu vientre, tus pezones.
Bendiga el Señor tu mente, tu camino.
Te pida yo el dolor la boca, los rubores,
tus rizos, tu sangre, tu maraña.

Porque hoy perdí mi vieja
capacidad de amar, de darme al mundo
sereno, solidario.
Perdí mi voz, mis verdes ramas
y no tengo la brisa, mariposas, ni montañas.
Ni siquiera ese color de mar que me embelesa.

Yermo de ti,
a punto de la queja y la agonía,
la noche incendia el horizonte.

TODAVÍA RECUERDO: luego de los besos,
noticias del pueblo y otros dimes
te quejabas, mentirosa, de la fiebre.
Hablaste de una Revelación, del Niño
buscando tu consuelo.
Y preparaste el cebo, abonaste el terreno
para que mi corazón, idiota, se tragara los anzuelos:

“te vuelvo a repetir:
yo te amo,
aun habiendo jurado no querer a ninguna otra persona
más que a mi Cristo Jesús,
pues nadie más que Él sabe que te adoro
y a pesar de eso
yo renuncié a tu amor para seguirlo
y demostrarle que lo amo también”.

Me conmueve tu verbo.
Me rasga el corazón, me precipita.
Cómo luchar ahora,

cómo enfrentar tus genes, tu memoria,
cómo volcar el Símbolo, su rastro, sus alcances.

¿Te acuerdas de la iglesia
que persiste en nuestro pueblo?
La aborrezco, me emperro: la destruyo,
porque todo lo que huelo a rezos, a ceras y conventos
me llega, me llaga, me punza, me encabrita.

Ahora soy un brujo, un huracán, un ocelote.
Un nahual convertido en este monte,
en caimán, en puma, en bruma.
Soy la garra que gruñe en esta selva,
soy un tapir husmeando entre los mangles.

Soy un mono,
tarántula, serpiente,
alcaraván picoteando los oídos.

Te reto a que me sigas,
me trepo en tu recuerdo.
Husmeo tus plantas, tus piernas, tu cadera.
Muerdo tu vientre, lamo tus pezones.
Me vengo como una larga daga.

Soy la araña columpiándose en la pared de tu retiro,
soy el viento que apaga veladoras,
soy el gallo que quiebra tus salmos y oraciones,
soy el ansia dormida

/eterno quiste que sangra en tu regazo.

Te reto a que respires la violencia de mi cuerpo
y reposes, jadeante, entre mis piernas.
Te invoco a que zozobres
y que tu vulva se estremezca complacida.

Escápate, retoza, vuelve pronto.

Rompo la espuma.
Escupo.

Que doblen las campanas.

México, D. F., abril 1 de 1981.

ESPEJO A LA DERIVA
(1996)

... y retumbe en los espacios el apóstrofe del trueno!

JULIO HERRERA Y REISSIG

Arcada en ruinas

... y la trémula ceniza caerá sobre el agua,
flotará como ramo de flores calcinadas.

PABLO NERUDA

Caracol voraz

Invoco los tallos y las rosas,
transformo la substancia de la piedra.

Y brota el movimiento
—caracol voraz a la deriva—
torvo corcel del infortunio,
altivo eco a punto de engullirme.

Cantar de la ceniza

A mis hijos.

Como piedra calcinada
repto por la cresta de la herida,
observo el aire que se abre como un escarabajo
y palpo el espejismo de la luz creciendo en la garganta.
Vandálica fiera amamantando el terror de los pastores
la muerte es una mano inicua que desgarrá violetas.
El alba tiembla, superficie erizada de espumas.
Trago la saliva del dolor.
Sé que más allá de los puños apretados
se abre una calle a la ternura:
avanza el Amor sobre el asfalto.
Sin embargo, rabiosa alondra que se arranca
girones de piel a picotazos,
montón de escombros sepultando el espejo vacío del estío,
ángel ciego que cercena sus alas luminosas
canto
como espiga de luz
en la ceniza.

Piedra desgajada

A María Estela, in memoriam.

Del polvo.

De la porción más íntima del Cosmos.

Del primer elemento tremolando en medio del océano.

De la sangre irrumpiendo en oleadas sucesivas

elévase el clamor,

el rugido artero de la roca en ruinas.

Estallan tímpanos.

Tercos timbales tocan torpemente.

Líquido candente fluye la luz.

Diríase dragón o serpiente ensoberbecida.

Erizadas turbulencias queman.

Bajo mis pies el vacío.

Boca intensa la oscuridad.

Aunque camino devastando el polvo, la piedra desgajada.

Rueda la ruidosa roca.

Caigo en medio de alaridos.

(El ángel viejo observa desde su memoria,
palpa la luz con sus párpados de sombra.)
Con mi lengua turbo esta canción.
Con mis manos toco la voracidad del encono.
Ah, pero el dolor: picotazo artero en la retina,
aullido obsceno retumbando.

*Ahora miro la espuma estéril del recuerdo,
los secretos que salen de la boca de las piedras.*
Miro el musgo asomando receloso,
el otoño que viene con su crujir de hojas.

Miro al ruiseñor gorjeando entre el follaje,
la mariposa senil que aletea en la ventana.
(Mano férrea en la garganta
la nostalgia rodea esta mirada.)

Grito en la sorda concavidad de los espejos.
Camino sobre las brasas del asombro.

A lo lejos, marino ebrio, se bambolea el estío.
Un sol hostil tremola sobre el muelle
mientras una mujer camina por la playa
como una estrella.

Rincón de la retina

Como ácido que cae, gota a gota,
y corroe la plancha de metal.
Como vapor picante en la nariz
penetrando hasta los huesos de los astros
estoy ahora.
Deambulo por los callejones de la herida.
Tropiezo y caigo y me levanto.
Entre los matorrales de mis lágrimas
el desamparo acecha con esa mirada estéril
de niña que ignora la acritud del surco.
Mazorca pudibunda el día yace en el alero,
cuelga como una alforja.
Hierde mi frente este tosco revuelo del estío.

Huyo del estruendo del mundo.
Espejo sorprendido por el polvo
la luz se extravía.
Parra seca de una arcada en ruinas
la desolación asoma en el iris.
Telarañas de pus, hilos de piel roída

penden de la voz
como de la tapia virgen de un convento.
Salgo de mí: voy de la espuma a la ceniza
embistiendo como animal enloquecido.

Pero el fulgor sucumbe en las garras del océano.
Ahí la espuma que revienta como este dolor
que punza y que me asfixia.
Como el mar me estrello ante la roca,
pero no tengo playa alguna dónde guarecerme.

A saltos. Lerdo, como pelícano, camino.
Hundo mi pico en la arena.
Agito mis alas.
(La vida, pez brillante que escapa.
Ni siquiera una escama queda en las manos.)

Mientras el mundo mueve sus élitros una campana dobla.
Donde habitaban las caricias
yacen malvas, alondras moribundas.
Como burbuja estalla el clamoreo,
lacer a un rincón de la retina.

Como manos ansiosas
los magueyes de la orfandad se abren
al murmullo del día.

Comienza a supurar este vacío,
este torpe aleteo, este puño aterido en que me vuelvo.

Cristal amargo

Cae la niebla con un largo aullido, frío, tenaz, desvaneciendo transparencias. Tus ojos miran la luz humedecida, la congelada gota en que se convirtió la ciudad. La lluvia irrumpe con su manto de cristal amargo. Cierro los ojos. Ya no estás. Sé que el hombre es una larga espera, una cicatriz abierta, charco de pus enconando la ternura.

Abro los ojos. Nada vive en mí: sólo esta sombra, este líquido rabioso navegando por mis venas, esta oquedad horrenda, esta saliva turbia que ya nadie recuerda.

Ahora ya no estás. Braceo como ángel condenado a la penumbra. Boqueo, pez abandonado en el desierto. Abro los ojos. Paloma estéril, la luz escapa. Empañado espejo, la retina tiembla. Oscuridad total.

Estertor inútil

Garganta herida, montaña devastada,
tránsfuga de mí, me descubro contemplando
la luz que camina sobre el agua.
Con el ojo derecho lagrimeo,
con el izquierdo sonrío tontamente.
Sol, deslumbro;
río, me tiendo en el regazo del verano.

Este es mi tiempo: por eso vibro, pestaña atónita,
ante la belleza de la mujer que anhelo.
Me reencuentro en el aire y me instalo
en el fondo de mí mismo:
soy árbol incendiando de amarillo el horizonte,
luz moviéndose con rapidez ante el azoro de la noche.

He vuelto a mí, me digo.
He vuelto como desgarradura, puñado de hojas secas,
rama tronchada.
Raíces aferrándose a la roca son mis dedos.
Mis manos golpean los restos del estío.

Mis ojos brillan, despiden fulgores asesinos.
Marchita la esperanza, lo que rige es el ahora.

Certero

soy un caudal candente,
gruñido cimbrando las paredes del espanto.
Soy fauces desgarrando los músculos del día,
barrito,
estríduo entre las raíces y la hierba,
husmeo el aire que trepida ante el acecho.
De un salto me instalo en esta rama,
chillo cuando el peligro retumba, zumba y zigzaguea.
Con un estruendo de hojas y crujidos caigo.

Con mis amigos hago un recuento del viaje:
las canas, muescas que el otoño puso
en los cabellos de todos. Los vientres abultados,
hijos que se desparraman por la vida con el sello indeleble
de nos-otros. Aquel pasea su bonanza y alegría. El de allá
su desventura. Otros cabalgan en pos de un espejismo.
Los que callan regurgitan su dolor: un hijo extraviado
en los márgenes del alba; una mujer flotando
en el sollozo, transformando en cenizas las espumas del día.
Pero todos son cada vez más en lo menos de lo que pervive.

Digo que no tengo Amor, ni una mujer que aguarde
ansiosa mi regreso.

Me levanto con la aurora a continuar mi extravío.

Soy un fragmento de mí, un tajo agónico,
un muñón tembloroso que salta al golpe de machete,
un estertor inútil. Soy un puñado de sal restregando la herida,
el zumo de un limón cayendo en el ojo del mundo.

Digo que soy, pero no soy.

Ni siquiera un graznido, paloma surcando
la ribera, gaviota posada en el mástil del navío.

Una brizna de luz, gota de sal enardecida.

Digo que soy. Tal vez el asombro en la pupila
del primer hombre asomándose en el río,
el aullido triunfal tras la primer lanzada,
la primera sangre a borbotones.

Digo que soy el arroyo mitigando la sed del caminante
y el fuego cobijando la primer pareja
que gime y se revuelca en la hojarasca.

Digo que soy, pero el recuerdo se enfrenta a los recuerdos,
con una mueca escupe su ironía.

(Esta mañana fue una aguja pinchando a la esperanza;
ayer, llamada consumiendo a la lujuria.

La tarde parece una tierra yerma, un paraje severo,
un terrón de arcilla desmoronándose.)

Digo que soy.

Y la impotencia desgarró la garganta.

Terquedad de los espejos

...temblando estaba sin hallar reposo.

FRAY LUIS DE LEÓN

Resabios

Para Rosario Bañuelos y Evodio Escalante.

Mientras las horas nos hablan de los muertos
los niños crecen.

Entonces, ¿qué putas puede el Poeta
si lo puede todo y no hace más que mirar y mirar?

Ahí va este verso tarumbeando.
Ahí va la araña rencorosa ignorando al sol.
Ahí va el sol erguido, con sus espolones de gallo.
Alto grito amarillo me sacude
cuando la inteligencia devasta, quema:
desolación en llamas.

Yo también me celebro y me canto
en la bruñida terquedad de los espejos.
Yo también soy la garganta de luz reverberando en la cañada.
(Orquídea tronchada por la ira
el hombre se despierta en el olvido.)

*C.c.p. Jaime Sabines, Rubén Darío, Octavio Paz, José Gorostiza y Walt
Whitman, en ese orden riguroso.*

Fiesta de la Luna del Medio Otoño

A Patricia Chem Chi.

Mariposa incendiada la noche huele a incienso.

Grumos de luz temblando frente al viento,
pagodas diminutas: faroles en manos de los niños.

Como una flor de loto la Luna se abre.

Sus pétalos —evanescentes besos—
se derraman como el vino.

Ninguna nube amenaza su esplendor.

En el patio estridula un grillo,

las doncellas bailan.

En la mesa los panes semejan blancos corazones diminutos.

Mi pecho, una granada;
mis manos, flores de durazno.

Manzanas y toronjas, uvas y melones se congregan.

Armonía.

Como una taza de té mi padre sorbe en la memoria,

se inclina ante ancianos venerables

y yo soy el rayo de Luna cayendo

en el corazón del otoño.

Mariposa de alas ateridas

Para Elizabeth Sofía.

A Lízbeth e Irazú.

Mi padre tiene la mirada ocre del becerro,
duerme con la frágil majestuosidad de los ancianos.
Dulce y tibio todavía mi hermana lo acaricia,
petirrojo que despunta en el cascarón de la muerte.
Mi padre es el hijo varón que nunca tuvo mi hermana.

El agobio mancilla el vientre de mi madre.
Mota de polvo, brizna seca arrumbada en un rincón del sanatorio:
mi madre.
La acuno en mis brazos, pero yo soy la gubia del azoro
tallando un ojo enorme.
Mi hermano simula ser el río donde todos flotamos.

Mi hermana mayor:
La savia del rencor cayendo de la rama tronchada de su viudez
(desde la vacuidad, augusto territorio de Dios,
mi mujer asoma.)

Quema el silencio.

Fuera, como una mujer histérica, la tormenta grita obscenidades.
A esta hora mis hijos duermen con la profundidad de la niñez.

A lo lejos, en el parque de San Sebastián,
un girasol se resguarda bajo la humedad del helecho.

La añoranza, perversa mariposa de alas ateridas.

Balún-Canán, Chiapas, octubre de 1988.

El viejo Ho

Para don Arturo Wong Cinco, inquebrantable como aquél.

Chung King es un paraje nihilista,
 boca que muerde los pies del caminante.
 Kuang Si y sus distritos
 —trece en total—
 suman treinta y tres prisiones.

*Trepando por el muro
 en la mañana el sol llega
 hasta la puerta y llama.
 Pero no le abren.
 En la prisión la noche permanece.
 Está muy próxima la luz de la mañana.*

La lucha se libra en Cao Bang y en Hanoi
 mientras la lluvia aguarda a que en el cielo
 la Estrella Dorada brille
 imperativa.

*Dan las ocho. Ahora el gong
 llama a la comida.*

*¡Ánimo, camarada, hay que comer!
¡Los que sufrimos en el cepo extranjero
debemos resistir hasta que llegue el alba!*

Volcado sobre el Cuaderno Verde el viejo escribe.
La lluvia cae estación sobre estación,
pero su pecho aguarda

Sonoro resplandor

Y empecé a cantar sobre las lejanías desatadas...

VICENTE HUIDOBRO

Espuma ególatra

Como unicornio embisten los destellos.

A ritmo del geranio viene

—dócil— la alborada.

Chispazo agónico en la hoguera

retoza la alondra.

Espuma ególatra el océano.

Manantial de plumas

A Luz Elena Ortiz Siordia.

Lo que tengo está en la Luz:
un gorjeo lapidariamente vago
como flor coagulada por la espuma,
certero río de amapolas
consagrando el corazón al goce.

(Oruga cegada por destellos
la arena se transforma en el oleaje.)

Lo que tengo...
Un manantial de plumas que susurra,
horizonte excitado por la lluvia,
caracol que tiritita a espaldas del océano.

Palpitar de la corriente

Un cerco de coral, un mar de espuma,
un farallón de luz, un encendido
rastros de burbujas, un sorprendido
cardumen navegando entre la bruma.

Mas también un desierto que rezuma
hostil vitalidad y el consabido
rugir de la cascada sin sentido
y el pavor de la cumbre que me abrumba.

Un ciclo y otro más, un rastro ardiente.
Engarzado a la espiga el alimento
resbala por mis ojos torpemente.

Del verde y del azul el movimiento...
El palpitar así de la corriente
transforma en la semilla el sedimento.

C.c.p. Doña Isabel Ovando.

Tobogán del ocio

A Fernando, mi primogénito.

Como colegialas llegan
entre el rumor de ramas retumbantes.
Sus gorjeos rasgan el alero del crepúsculo.
Crece el estruendo, sonoro resplandor:
algarabía de tordos y cigarras.

De pronto el verano enmudece.
Cortinas de rosas diminutas
el sueño cae.
El calor despliega sus alas.
Yo me deslizo por el tobogán del ocio
con el leve latido del lucero.

Resplandor de la ternura

A mi hija Giomar.

Cuando tengas un hijo
no le hables de mí
sino del mundo,
del rubor que se aferra al horizonte.

Cuéntale del árbol y el camino,
de la ilusión que persiste
en la yunta y el sombrero.
Dile
que en cada hombre se repite el polvo
y el impulso de arar
sobre la piedra.

Y cuando hables del Amor
—aurora que navega—
que en su mirada brote
el resplandor de la ternura.

Que ame, sí, que ame.

Que padezca.

Candor del aire

Sería capaz de trascender
sobre el ocio interminable.
Dar un rostro, un puñetazo,
la mujer que no tengo y que me acosa.
Sería capaz
—también—
de entregarme al cataclismo de la carne
si no fuera porque hoy
el terco Dios asoma
en el candor de aire.

Pulsar de la memoria

Y luego, cuando subía sobre el agua,
vio abrirse los cielos, y al Espíritu
como paloma que descendía sobre Él.

SAN MARCOS: 1:10

Sobre el rosal un resplandor nevado
y en la pupila brasas calcinándose:
mi carne urgida de tu ser perfecto.

(¿Qué llaga purulenta horadó el estío?
¿Qué puñal amargo desgarró el pulsar de la memoria?)

Este es el Cordero que hoy quita los pecados del mundo.
Esta es la montaña de sal que anegará con lágrimas
los recodos del suelo.
Esta es la pila amarga donde bebo el tibio temblor del tumbo,
gota sucia que mojó el párpado sorprendido
por el rayo.

Me sumerjo en el líquido lamido por la Luz,
golondrina cayendo en el vinagre caliente
y es el Hombre
—no yo ni mis escamas secas—
el amarillo erizo quien fallece.

Despierto.

Tañe el alba.

El relámpago asoma
por el estruendo inaudito del espejo.

Habla Salomé

Para Gabriela Rábago Palafox, in memoriam.

Que se llamara Juan y se quedara
aguardando su destino.

Ni siquiera la danza lo reanima
ni la mirada fiera del metal lo espanta.
¿A qué seguir el vuelo de la seda,
muslos irrumpiendo en la lujuria,
labios prestos a besar su pecho?

“Quiero la miel del bosque de Judea
que guardas en la lengua.
Quiero el Jordán que escondes en tu sexo.
Quiero el amor, Amor,
que ofreces a los hombres”,
dije cien, mil, mil veces.

Que se llamara Juan y se quedara
inmóvil, terco entre mis brazos musitando
una plegaria, confesando su amor

por alguien de su clase,
por un pobre iluso carpintero.

Y rechazó mi baile, mis caricias.
El turbio laberinto de mi sexo.
¿Habrase visto, madre, tamaña tozudez?

¡Que ruede mi cabeza a mis sandalias!
¡Que sus ojos imploren mil perdones!
¡Que no miren mi cuerpo enfebrecido!
¡Que su sangre forme un charco igual a su desprecio!

Margarita Ly

Como cristal,
como violeta afanándose en verano,
como brisa hurgando entre las nubes,
o como un tañido que resuena en el cruce del camino.

Sobre la piedra gris,
sobre altivos edificios,
sobre el concreto oscuro,
sobre el vaho azul que retrocede ante el impulso
vigoroso de la luz,
una fragancia emerge de los pétalos del día.

Y la voz de María Patricia canta, zurea
una canción de cuna porque desde el principio
le estaba destinada.

Todas las cosas cantan y germinan
como el sol en el follaje.
La luz de su piel reverbera en la mañana.

Y el fulgor se llama Margarita.
Y Margarita crece en brazos de la mujer que llamo.
Y la mujer que llamo me sonrío.
Y la sonrisa asoma en este corazón que se estremece
como paloma enardecida,
como un arrullo de colores encendidos,
como el alba que crascita en la ventana.

Espejo a la deriva

¡Yo vi una chispa de su luz sagrada!

RUBÉN DARÍO

Alba apetecida

De las tribus perdidas de Israel,
del incierto paraje y la ceniza,
de la turbia tormenta y la plomiza
soledad que es llenada por Aquél.

De la duda, del llanto, del joyel,
de la nube que al cielo cicatriza,
de la encendida rosa advenediza,
de la piedra en el río, del bajel.

Del torpe sentimiento de morir,
de la niña que aguarda la llamada
del Amor prometido y por cumplir.

O bien de la esperanza esperanzada,
del alba apetecida, del nadir,
aguardo de tu ser la llamarada.

Caracol de la aurora

Un grito vegetal duerme en la piedra.
Un estremecimiento etéreo el pájaro que sobrevuela la comarca.
Edades perdidas en el musgo evocan
a la estrella fundida en el abismo.
Ahí yace el primer alarido de Dios,
pedrusco cayendo en la frente de la Bestia
(dientes poderosos desgarran arterias, músculos,
uñas encajándose, rasgando la piel en medio del estertor del día.)

El ansia del mundo renace en la marea,
en el ímpetu de la gota salada ante la roca.

La hormiga huye del bisonte como el ciervo de la flecha.
La pareja duerme abrazada sobre el pasto.
Y todo vuelve a la raíz,
a la canción que nace en la eterna floración de las mañanas.

Resuena el caracol de la aurora.

Paloma núbil la claridad emerge.

Esplendor voraz.

Donde la piel se incendia

A María del Rosal.

Del manantial,
de la cantera gris,
del león petrificado —piedra labrada por la bruma—,
del templo aquel donde el alba se arrodilla,
de la cuesta de las rosas,
de la pendiente enardecida por el toque del fulgor
viene crascitando la alborada.

Aquí el destello juguetea con los trinos.
Aquí las buganvillas labran dulcemente el horizonte.
Aquí el abeto surca el valle
y los pinos sacuden la muralla de niebla.

Astro que atrapa ese lucero la claridad estalla.
Esquirlas de esplendor esta pupila.

Rojos, amarillos, malvas en el centro de la ciudad.
Una araucaria se yergue, altiva, ante el rocío.
A lo lejos, viejo centinela, duerme el Junchavín,

en sus entrañas el fuego se congela
(copos de lava verde su ladera.)

Orquídea frente al viento la mirada se estremece.
Hunde sus dedos en la cabellera del estío.
Ciega palpa el aire.

Torpe mariposa que se estampa en el cristal
el mediodía salta ahora.

Luz: espejo a la deriva.
Tremola en la sonrisa adolescente
que remonta mis jardines.

Amo el olor a trementina, la juncia derramada.
Amo las piernas de la niña que sostienen el anhelo.

Ventana frágil me someto a la lujuria.

Ese lunar está ahí, como la piel que vibra
y se renueva con mis besos. Tiemblo
cuando la piel transpira en otra piel,
cuando la boca se repite en otra boca,
cuando los muslos enardecen mi cadera.

Con mis labios invento tu pezón,
con mis manos te pervierto.

Me adentro en ti, me repito en el ritual del mundo.
Y soy el Hombre y la Mujer,
lengua que hurga en los resquicios,
fulgor que se derrama.

Soy el que nace cuando gozosa me recibes.

Digo tu nombre tiernamente
y una mujer madura asoma en la pupila.

COMO UN CLAVEL deshojas la nostalgia,
obstinada brecha al pie del horizonte.

Juego a que la mano te despeina,
acaricio tu mentón como el alba los cristales.
Jalo tus cabellos, riño contigo.
Soy un chiquillo cuando monto en el candor,

palabra que zurea en tus oídos
(el áspid de la soledad acecha, crece).

Tus ojos, taciturna miel.
Tus labios, caricia de espuma que reclamo.

Contigo voy por los caminos que ahora se me ofrecen.
Contigo hago que las zarzas germinen el desierto.

Destello de sol sobre la cresta de la ola
esta canción es para ti.
Esta semilla reverbera en tu regazo.
Esta raíz se aferra a los espejos.

Espantada la muerte retrocede.

No más dolor.

Ya basta del colmillo hincándose en la garganta de la aurora,
la garra de la pena devastando las heridas.

Ahora canto.
Pastor en la ribera toco la flauta del Amor.

Con mis manos invento el alborozo:
tienes la suavidad del musgo,
candidez de sol flotando como lirio.

Sonríes.

Aromas los frutos del rubor.

AUNQUE AHORA ESTOY AQUÍ, caballo desbocado,
unicornio arremetiendo contra la doncella
(ojos inyectados de luz enloquecida,
belfos oscurecidos por espumarajos blancos).

Yo vengo de la sal, del oleaje turbio,
de la palmera rota por el hacha de la ira.
Vengo de la calle soleada, de los techos de teja rota,
de la casa derruida por el odio.

Flores envenenadas arden, cenizas mustias gimen
en la llaga que aún no cicatriza.

Ahora estoy aquí,
sonido luminoso acariciando la ciega flor del mediodía,
cristal mojado frente al viento que ulula,
brama: dragón herido por la espada.

Sobrevivo como hierba en los breñales.

Trébol de cuatro hojas en medio del asfalto
me entrego al mundo con una sonrisa desnuda de intenciones.

(Esa muchacha escucha la campanada azul de la fortuna:
un cuadro de Tamayo arde como una roja estrella,
el muro amarillo ciega a la mujer
atrapada por el trazo firme de la mano.
La espátula del Amor se apoya en el matiz rosáceo.
El ojo brilla, fulgores de espuma nacen del iris,
grano de trigo en tierra fértil.

Esa muchacha es una pluma de ángel
sentado en la cresta de la sangre caliente,
oscura furia sacudiendo mi desolación.
Soy el *personaje en rosa* tocado con un sombrero de silencio,
mientras un viento rojo simula ser el marco
donde mi piel se incendia.)

Ahora estoy aquí, me digo,
entre el delirio de la luz. Me esponjo
como un gorrión que busca las manos cálidas del día.
Estoy aquí, como metal ardiendo
para forjar el nuevo corazón de Comitán.

El coletazo artero de la melancolía me doblega:
ahora la ciudad se abre paso con su alarido de sirenas,

resbala y crece por mi frente
con sus edificios temblando ante el relámpago del miedo.

Se desangra la ciudad por la garganta abierta del dolor.
Se deshoja la ciudad, margarita en medio del océano.

Dulcísima ciudad que zumba: colmena de luz desconcertada,
golondrina abatida por el escopetazo del terror.

La aljaba de mi canto chorrea la sorda sombra de los muertos.

Muerdo el durazno del llanto.
Me acurruco en la esquina de este verso.

Ahora los cipreses se esfuman entre la niebla.
Flota el vaho frío de la desazón.
Cuajarones de bruma desgarran el paisaje.

Lejos del tezontle,
lejos del escombros endurecido vengo.

Del oleaje torpe del asombro vengo,
como aquella adolescente contemplándose ante el espejo.
Y nadie, nada, sólo “*la oculta soledad*” había.

La memoria me doblega como la carga de leña
en la espalda del indígena.

Esqueletos, espinas ensombrecidas arrancan jirones de penumbra.

Muerdo la manzana de la expiación.

El fulgor enloquece a la retina.

Balún-Canán, Chiapas, septiembre de 1988.

Índice

9 Esplendor de la penumbra

ENARDECIDA LUZ (1992)

Con el muñón sangrante

25 Enardecida luz

26 Canto para decir tu nombre en medio del desastre

Bajo el peso de la bruma

35 En esta esquina del mundo

36 En las fauces de lo oscuro

38 Sobre la ira estoy...

40 He aquí el guijarro...

41 Frustrado...

43 Apenas el recuerdo...

44 Ahora muerdo la lengua...

45 Para enfrentarme a ti...

46 Para alcanzar los truenos...

47 Aurora deleznable...

Crepúsculos vacíos

- 53 Falso Narciso
- 55 Marejada de luz
- 56 Terco animal entre las piedras
- 57 Arduo copo derretido
- 58 Perfil de angustia
- 59 En el umbral la lejanía

Pedernal en la memoria

- 65 Dimensión de la ceniza
- 66 Entre espuma y transparencia
- 67 Entre el polvo la barbarie
- 68 Imperativa, acrecentada luz...
- 69 Delante del otoño...
- 70 Te conocí alborozada...
- 71 Antes de sepultar...
- 72 Es cierto...
- 73 (Entre mis manos...)
- 74 Cómo me duele...
- 75 Porque vino el cansancio
- 76 A caballo pongo...

Paisajes y fulgores

- 83 Como delgada carne al infinito
- 84 También ahora
- 86 De la memoria
- 87 Llamada pétrea
- 89 Los rostros de la hoguera
- 91 Piedras cortadas...
- 92 Travesía por El Sumidero

Murmullos de la carne

- 99 Como una gota
- 100 Delirio el que calcina
- 101 1. El mar...
- 103 2. Me gustaría...
- 105 3. Fuiste hecha...

En la garganta del mundo

- 111 Yo no sabría qué hacer...
- 112 Cantiga para la hermana Esther
- 113 DEL MÁS ARTERO...
- 116 Bendiga Dios tus ojos...
- 117 TODAVÍA RECUERDO...

- 119 Ahora soy un brujo...
- 121 Te reto a que respires...

ESPEJO A LA DERIVA (1996)

Arcada en ruinas

- 131 Caracol voraz
- 132 Cantar de la ceniza
- 133 Piedra desgajada
- 135 Rincón de la retina
- 138 Cristal amargo
- 139 Estertor inútil

Terquedad de los espejos

- 147 Resabios
- 148 Fiesta de la Luna del Medio Otoño
- 149 Mariposa de alas ateridas
- 151 El viejo Ho

Sonoro resplandor

- 157 Espuma ególatra
- 158 Manantial de plumas
- 159 Palpitar de la corriente
- 160 Tobogán del ocio

161 Resplandor de la ternura

163 Candor del aire

164 Pulsar de la memoria

166 Habla Salomé

168 Margarita Ly

Espejo a la deriva

175 Alba apetecida

176 Caracol de la aurora

178 Donde la piel se incendia

180 Con mis labios...

183 AUNQUE AHORA ESTOY AQUÍ...



*Penumbra*s

de la luz, de Óscar Wong,

se terminó de imprimir en xxxxxx

de 2015, en los talleres gráficos de Xxxxxx

XxxxxXXXXX, ubicados en XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX.

El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación y portada: Ixchel Díaz Porras. Cuidado de la edición: Eridania González Treviño, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en imprenta: Claudia Piña Juárez. Editor responsable: Félix Suárez.

